

## Miedo como cordón umbilical

Estaba absorto en la lectura cuando me acomodé en mi asiento justo enfrente. Me llamaron la atención sus manos blancas, nudosas, y la parsimonia con la que deslizaba la siguiente hoja del libro. Por lo demás, su aspecto era muy normal. Ver a alguien leer, siempre me ha transmitido tranquilidad. La llegada de otro viajero solicitándole que retirara su cartera, fue lo que le hizo tomar conciencia de mí. Un gesto de agradable sorpresa adiviné en sus ojos, y un mínimo esbozo de sonrisa. Cada cierto tiempo repetía los mismos gestos: se quitaba las gafas lentamente con la mano derecha y las dejaba sobre las páginas del libro, luego, con los dedos corazón y pulgar, se frotaba ligeramente los lagrimales, volviendo a colocarse las gafas y a proseguir su lectura. Antes de perderse entre las hojas, me dedicaba una mirada que parecía interrogarme, pero serena y límpida. El otro viajero se apeó en una estación cercana y yo ocupé el asiento vacante, a su lado. Me gusta ir en contra del sentido del movimiento en el tren. El olor de su ropa, su perfume, me fue invadiendo lentamente, y ya cansada y vencida, dejé caer la cabeza sobre su hombro. Levantó la mirada del libro, y se llevó el puño a los labios con gesto reflexivo: "Voy a Logroño, pero mi sitio es donde usted vaya. Si me lo pide antes de que lleguemos, me quedaré junto a usted". Era la primera vez que oía su voz y me pareció hermosa, profunda. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y me apreté con fuerza contra su brazo. Me echó su chaqueta por encima y comprendí el verdadero significado de la palabra miedo. Miedo a lo conocido y a lo desconocido, miedo a permanecer en la rutina y a salir de ella, miedo al encuentro y al desencuentro. El miedo, al igual que el cordón umbilical, nos proporciona seguridad pero es corto. Al bajarse en Logroño olvidó el libro en el asiento.

Alfonso García Santiago